

*A Esther Quesada Auyanet,
Antonio Onieva Martel,
José Manuel Oropesa Caballero.*

In Memoriam

"...y como a la sombra de estos objetos de bien público suele esconderse algún interés privado, y este es tan ansioso de aumentar sus usurpaciones como diestro en cohonestarlas, la corta, según dicen, pasó mucho más allá de la exigencia."

Gaspar Melchor de Jovellanos.

**Abdul Aziz,
el bucanero morisco.**

Saciado por el boyante botín que había usurpado, una sarcástica sonrisa atildaba su fiero semblante de pirata empedernido, curtido entre percances, reyertas, y combates navales por todos los mares sabidos de él hasta entonces: Desde el Adriático hasta más allá de las columnas de Hércules, y desde las aguas gélidas del Ártico, hasta el mismo golfo de Guinea. Una juventud efímera, truncada por una rauda desdicha que lo había precozmente desamparado, cargándole a foguearse como grumete en las naos turcas que asolaban las costas andaluzas y levantinas, exculpaba quizás la adustez de su crianza. Cien veces tuvo que vender su alma al diablo, matando y luchando como un coloso, para ganarse el respeto de la marinería salvaje, que aterraba el pasaje y los tripulantes de las carabelas que surcaban las aguas del Mediterráneo. Cuando los bajeles turcos abordaban los barcos de alguna expedición, la contienda habría de ser



atroz y sanguinaria. Ahora navegaba solo, por su cuenta y riesgo. Abdul Aziz era patrón, piloto de altura, y capitán; y en la isla de la Gran Canaria acababa de burlar, nada menos que al Gobernador y vasallo de los reyes, o sucesores al reino de Castilla y León, de Aragón, de Sicilia, y demás pendones y fanfarria. Abdul Aziz sentía cómo el palpar de sus entrañas, ahogaba sus resquemores, y aquietaba sus ansias de pillaje y venganza. Crecido en el alcázar de popa del bajel, el porte recio, el rostro ufano, abstraído en reflexiones náuticas, el bucanero morisco con la cara al viento oteaba el ancho mar rizado. Por la amura de estribor, las olas, carentes de pujanza, embestían sin rabia el casco.

Abdul Aziz solía clamar al cielo y a los astros cuando el saqueo le era ventajoso, y, siempre que un voluntarioso ánimo favoreciese su terca oratoria, arremetía con una insensata verborrea contra los cristianos que capturaba. Muchos gentiles isleños sabíamos de su ignominioso proceder, tal era su fama, y tantos los azotes que desperdigaba por todo el archipiélago canario desde hacía más de un lustro. Un cristiano renegado, apodado Al Carajo, le asistía como segundo de a bordo. Al parecer, el apóstata era un hombre instruido, que al caer preso en una escaramuza naval de poca monta, no había dudado en valerse de perspicacia y buen juicio, para discernir con ventaja la jerga morisca. Había cultivado ese generoso ejercicio como cómitre benévolo, en las siniestras galeras de algún monarca imprudente. Ahora, como entretenimiento, se consolaba traduciendo la extraña filípica, que Abdul Aziz dirigía a las personas secuestradas

y apiñadas sobre la cubierta principal. A través de una hendidura perpetrada en los baos de la dicha cubierta, y desde un sollado del bajel, con los pies encadenados, arrastrado entre el bosto de los caballos apresados, asfixiado por la hediondez de las sentinas, pude avizorar a duras penas - nunca mejor dicho - el tremebundo esperpento. Dotado de una facundia exasperante, Abdul Aziz hablaba en lengua árabe, para afectarse aires de solemnidad. Soslayaré la veleidosa glosa del renegado Al Carajo, pues me propongo, estimado lector, allanarte el peliagudo desvelo que para su entendimiento se requiere. Y es que a veces, se pretende resaltar el énfasis de un discurso a porrazos, tanto, que la molienda acaba siendo indigesta. Con una voz de adalid audaz y temerario, a grandes rasgos la jerigonza del corsario parecía apuntar algo así:

- *Atended mi discurso, infieles, malditos condenados, chusma del demonio... En tratados infames como los de alcachofa, torcedura de pata, y si entra es que cabe, mas no engulléis todo que puede llegar a empachar; vuestros reyes príncipes y herederos quisieron, a espaldas del reino de Fez, concordar paces fortuitas y fugaces, aviniéndose al reparto de tierras, mares, e islas por descubrir y conquistar en todo la mar oceánica. Les plugo a los reyes de Castilla y León, y Aragón, así como al rey de Portugal y de los Algarbes, otorgarse poderes sobre África, y sus pesquerías de Guinea y la Mina de Oro, desde el cabo de Bogador hacia los sinfines del continente, y para colmo, lo mandaron pregonar públicamente en sus cortes y por los puertos de mar de sus reinos y señoríos. Además, solicitaron a vuestro sumo pontífice, vicario de Alá en*

tierra cristiana, un inoportuno albalá que impida a todo hombre hábil, y en su sano juicio, le sea lícito inhibir, constituir, indultar, abastecerse y marear por este piélagos, sin infringir o contrariar la gracia de Alá el Misericordioso y Omnipotente. Y mientras arman carabelas para navegar en busca de un meridiano invisible y movedizo, que les sea conforme para capitular la partición del mundo, desprotegen sus tierras, costas y súbditos. Ésta es la única, verdadera, y poderosa razón, de que estéis en la situación de desamparo y calamidad, que yo, como buen corsario de agua dulce, no pienso remediar. Soy un hereje a vuestra fe cristiana, y acostumbro ahorcar o degollar a los rebeldes que empecen o entorpecen mi arbitrio, mas no obstante, presiento que os daré la oportunidad de prolongar vuestras humildes vidas de ingrata, y pecaminosa servidumbre. De entre vosotros, trocaré a las hembras más sanas y hermosas, ora por mantenimientos para perseverar en mi empeño de pirata, ora por el adecuado rescate en doblones de oro. En los zocos de la villa de Alejandría, castraré, instruiré y venderé a los varones más robustos, para que se ilustren como eunucos, en el serrallo de algún jeque achacoso. En cuanto a los que sobrarán, los remataré a precio de saldo, como género caduco en los mercados de esclavos de oriente. Y para que en todo tiempo y lugar, se sepa de la magnanimidad que hago gala, el que tenga argumentos para amotinarse, que alegue ahora o calle para siempre jamás. Vale.

Entre los desdichados y apretujados cautivos de la cubierta, apreció pocas quejas y muchos gemidos de pena y desesperanza, sin embargo, oí de improviso el relincho de

uno de los potros que, desde lo hondo del sollado, mostraba su naturaleza indómita. Lo reconocí por su cuello delgado graciosamente encorvado, y por su dorso y grupa rectos. Descollaba de entre los demás caballos de mediana alzada, y sus exageradas sacudidas provocaban un gran alboroto. Era Sultán, uno de los corceles del hidalgo genovés, y que el bucanero morisco también había ordenado aprisionar. Sultán era capaz de intuir cualquier abuso, vejamen o injusticia, tan sólo con percibir el tonillo de algún rumor vituperable, por muy sutil que fuese. Entonces fue cuando rememoré todo lo sucedido en la razzia acaecida sobre el ingenio azucarero de Puerto Laguete. Lo que ocurrió ese atardecer en la hacienda del ingenio fue un tremendo despropósito. Debido a la templanza propia de mi eventual oficio, yo andaba distraído por los riscos del valle, como casi siempre. El encaminar una piara de cabras por terreno de buen pasto, jamás fue una tarea que me causara muchos desvelos. Al término de la jornada de pastoreo, al caer la tarde poco más o menos, yo solía recoger el ganado en el aprisco. Me aprestaba pues, advertir al cachorro de sabueso que me auxiliaba en dicho ejercicio, cuando, desde lo alto de un andurrial, avisté un bajel fondeado en la rada de Juncal. Recuerdo que con la ayuda del garrote, me precipité por el escarpado desfiladero que lleva al valle. Me despeñaba entre una frondosa breña con gran riesgo de romperme los huesos y desgarrarme las carnes, sólo por el afán de alertar a los pobladores de la hacienda. No llegué a tiempo, pues si no, cómo podría justificar semejante adversidad: verme una vez más con grilletos en los pies, las manos atadas por las muñecas, maltratado por un corsario africano, aterrado

en la penumbra del sollado de una nave, y revolcándome sin desearlo, en la inmundicia de un muladar flotante.

Son escasamente veinte las leguas que para la parte de levante separan las islas de África, luego, a singladura sin rémora, no tardaríamos más de dos días en alcanzar tierra firme. Pero, el astuto Abdul Aziz quería remontar hacia el norte, y eludir así las naos cristianas que surcaban esa franja de mar. Todavía persistía, entre los sucesivos comendadores realengos y demás aristocracia, la abyecta costumbre de armar naves para hostigar con cabalgadas infames el vasto litoral africano. Favorecían así, a pesar del obligado diezmo, malogrado quinto y otras fracciones aritméticas, que los almojarifes de la realeza se encargaban de recaudar bajo cuerda, granjearse grandiosos patrimonios de esclavos, ganados, y mercaderías de cualquier género que reforzara el sustento de sus prósperas haciendas.

Al cabo del tercer día de navegación, el habitual escarceo fue mudando hacia embates de envergadura. Una mar gruesa arbolada vapuleaba el bajel con tal vorágine, que las olas arrasaron con parte de la marinería y de los rehenes que se ubicaban en la cubierta superior. Por fuera de la borda pararon sin pena ni gloria. No se supo más de ellos. Al poco rato y de cuajo, el mástil quebró al pie, desmantelando todo el aparejo del velamen, y aplastando a algunos de los pocos atrevidos que pretendían enfrentarse a esa espeluznante circunstancia. Se escuchaba gritos de socorro por doquier, y de entre la bulla que provocaban, se destacaban los alaridos de Abdul Aziz que

trataba de sobreponerse al estrago originado. Como si iluminado estuviese, en romance medio castizo y aljamiado vociferaba:

- *Largad por la borda toda esa arboladura hecha añicos. Al Carajo, mantened el timón al rumbo estipulado. No quiero oír a nadie jadear mientes, ni sugerir nada acerca de capear el temporal. A remo afrontaremos este condenado huracán.*

Por lo visto, a Abdul Aziz se le aparecía el arcángel San Gabriel cuando las pasaba canutas, y tanta era su inspiración, que no dudaba en usar la lengua de sus enemigos, aunque con la mesura y respeto que habrás apreciado, pío lector, si consideramos su natural apego a la vulgaridad, o desestimamos las debidas fórmulas de cortesía y discreción que, en parecido aprieto, hubiésemos mandado al garete sin lugar a duda. Además, si nos atenemos a Juan de Valdés, el idioma castellano de la época era corrupto por los cuatro costados, o tal vez por tres, y eso sin desdeñar la autoridad del andaluz Nebrija. Y ya se sabe, *de los escarmentados se levantan los arteros*. Así pues, con el pobre conocimiento del lenguaje referido, y sus reales dotes de mando, como buen adiestrado perito, Abdul Aziz logró dominar el bajel enfrentándolo a la profunda borrasca. Los intensos vientos y las virulentas olas desbarataban la nave por todos los costados. Era el precio a pagar por no optar en correr el temporal hacia el sur.

Durante un gran trecho, el bajel aguantó el aluvión que, por la borda, anegaba las bodegas y demás cámaras o departamentos. Yo oía el angustioso crujir de las cuadernas con cierta desazón y temor, pero cuando el timón reventó, debido la soberana paliza que el mar océano le infligía, entonces el pavor se apoderó de mis sentidos. Notaba cómo, desguarnecido y privado del diligente manejo, el bajel iba sin remedio a la deriva. Si acaso, retuve en la memoria la voz lejana de alguien que entre los cristianos gritaba sin cesar:

- *¡A babor! ¡Un tercio a babor! ¡Tierra! ¡Tierra a la vista!*

Y también el mandato patético pero tajante de Abdul Aziz, que desde un esquife que sus secuaces habían arriado por la borda, y que al paio lograban laboriosamente mantener aledaño al bajel, ordenaba el abandono voceando a regañadientes, pero conforme a las buenas costumbres:

- *Sálvese quien pueda, mujeres y niños primero.*

Al divisar la cercana costa, realizada por sus imponentes acantilados y arrecifes, que amenazaban con hacer astillas el bajel y lo que llevase; tanto los indefensos y fieles devotos, como la esforzada morralla se arrojaron por la borda sin considerar el fuerte oleaje, ni lo peligroso que resulta si apenas bracear sabes. Juzgarían que ahogarse intentando alcanzar la costa a nado, difícilmente ofendería a Neptuno, o que era más digno de laureles, que el fenecer roto y descuartizado contra los amenazadores farallones. Y es que, ser o no ser pasto de cangrejos y algún ave carroñera, no plantea ningún dilema sugestivo. En

cualquier caso, no vacilaron ante la funesta contingencia. Así que me quedé solo, olvidado y arrinconado en el más profundo de los compartimentos, como un animal apestado. Había vías de agua por toda la carena y nadie dispuesto a enmendarlas, y aún menos, a achicar un ápice el torrente que acarreaban. El nivel del agua ya me alcanzaba las rodillas, y las piernas, temblorosas de escalofrío, me sostenían con dificultad. Los potros soliviantados no cesaban de bufar y encabritarse. No quise rendirme cual reo desahuciado, y tan azorado intenté desatarme de las ligaduras que me sujetaban a uno de los mamparos del sollado, y con tanta fuerza, que el daño me ocasionó un dolor extremo, el justo para desmayarme.

Desperté colgado de las manos e inmerso hasta la cintura, entre cachos de mampara, maromas, y maderos que flotaban a mí alrededor; por techumbre, la quilla del bajel encallado en algún bajío del litoral, empero Sultán acariciaba me la cara con sus rudos belfos. De tanto en tanto, me miraba con sus ojos grandes, e inclinaba su cabeza descarnada de pura sangre, como exhortándome a que le hablara, incitándome a que le asegurara que íbamos a salir del atolladero en el que nos encontrábamos. Eché un vistazo al sollado, y en verdad, que aún no sé cómo pudimos sobrevivir al naufragio. Una burbuja de aire que, al volcar la nave había quedado prendida entre la cubierta del sollado y el forro o pantoque de la carena, era lo que nos sustentaba. Permanecíamos ilesos de pura casualidad, pues me percaté de súbito del olor nauseabundo que emanaba de otro potro ya cadáver, y que recubierto por una profusión de algas o sargazos, emergía a ratos.

A marea baja, el tamaño de Sultán permitía le hacer pie, y aunque las olas fustigaban el casco del bajel, vislumbré la manera de abandonar el compartimento medio inundado. Primero tenía que desatarme, luego, azuzaría a Sultán para que acometiese el derribo de la parte más dañada del forro calafateado de la popa, que llaman espejo, y que daba a una pequeña ensenada. Sabía que Sultán cumpliría con su cometido, pues tanto la solidez de sus remos como la dureza de sus cascos, habían se confirmadas como letales en un episodio previo a su captura.

Como durante la peripecia del naufragio, yo estaba desvanecido, no sufrí el suplicio del zarandeo, pero en esos momentos sentía un daño inefable en las muñecas. Sin embargo, intenté zafarme de las ataduras que me sujetaban a la argolla del mamparo, pues reparé en que, la sogá, más estirada, otorgaba me el maniobrar con mayor holgura. Y como faltaba me dos dedos en la mano diestra, de los cuales uno era el pulgar, a pesar de las heridas, alcancé liberarla presta; con ella suelta, y el cuerpo apoyado en las espaldas ligeramente caídas de Sultán, aflojé los nudos en las ligaduras de la zurda.

Seguía con el herraje de los grilletes en los tobillos, pero libres las manos, permitieron me agarrar las largas y sedosas crines de Sultán. La mortificante cadena truncaba mi determinación, pues andaba yo a trompicones, salvando los baos de la cubierta, y el siniestro destrozo de aquel evento. Sin querer, tragaba agua a veces, pero resistí el mefítico ambiente con el coraje de un pastor en apuros. Y es que: ladera escarpada también adereza el valor.

Aguardé pacientemente a que la marea vaciara, pues por esas latitudes y en pleno solsticio de estío, su mayor amplitud favorecería la labor de Sultán. Al tener los remos menos sumergidos, patearía con más ímpetu las tablas de la carena. Así lo hizo, hasta agrietarla lo bastante para que yo pudiese secundarlo. En muy pocas horas, la rendija preliminar acabó siendo un orificio. Al día siguiente, una abertura asaz sobrada para mí, y al ocaso de ese mismo día, tan amplia, que nos escurrimos por ella, Sultán nadando, y yo a mujeriegas asido de sus crines.

Salvamos el pellejo de pura chiripa, pues para trasponer hacia la ensenada cuya playa de arena rubia, yo ya vislumbraba entre los espumosos borreguillos del agua, aún nos quedaba por franquear el persistente muro de olas. Empero el rebalaje, que parecía como quebrantado por la tremenda tormenta, incruento y agotado, propició nuestro afortunado arribo. Náufragos éramos en tierra extraña por cierto. No obstante, caímos en buenas manos. Si he de estimar en alto grado la cordial acogida con que nos agasajaron, el nombre de Berbería que dan a estas tierras es infundado. Fuimos tratados con la frugalidad que caracteriza esta comarca, sin que mancara a nuestra integridad, ni ofendiera nuestra dignidad. Un herrero del lugar, habilidoso y astuto chalán, ya que al fijarse en Sultán, no tardó un lapso en proponerme un trato ventajoso a cambio de su cuidado, fue quien me liberó de los grilletes.

En estos momentos, me hallo en un aduar del fértil valle que linda al norte con el macizo del Atlas. Vastos territorios por rastrear moldean la antesala de un sur

infinito, salpicado de palmeras y matorral disperso. Es tierra abundante en caza. La gacela y el jabalí rondan por sus contornos, y son especies muy veneradas. Los generosos frutales silvestres que hermocean sus campos, confieren al lugar un halo de jardín de las delicias. La tienda de campaña que me cobija, y desde donde escribo estas líneas, es acreedora de ser morada ilustre. Hace no mucho tiempo, en ella se hospedaba nada menos que Karim Al Addruss, un famoso guía de caravanas legendarias que, penetrando el temible desierto del Sahara, lo atravesaba de punta a punta hasta llegar al lejano Sudán. Y cuento todo esto, mientras que Sultán anda al acecho de alguna yegua de su gusto, para montarla sin duda. Él no pierde más tiempo en aparearse, que el colibrí en ir de flor en flor. En cuanto a Abdul Aziz, por cruel y codicioso, ojalá anduviese extraviado en una fosa del averno, o al menos, envuelto en alguna sórdida singladura, que le lleve a un puerto remoto y apócrifo, en donde pueda despacharse a gusto contra titanes y dragones. Intuyo pues, que son los únicos rincones de este bien o mal aventurado mundo (según se determine), en donde acertaría a suplir su frustrada vocación de filibustero con prácticas más acordes a su carácter depravado. Tal vez así, averigüe cómo aplacar su procaz e intrépido afán de fortuna.

